

Resumen

En este trabajo analizamos al semanario *El Zonda* (San Juan, 1839) como el medio representante de la esfera pública sanjuanina, surgida bajo los auspicios de un grupo de jóvenes intelectuales encabezados por Sarmiento, que intentaron constituirse en intermediarios válidos entre el poder provincial y la sociedad. Motivados por la convicción de que la educación y los periódicos eran los medios eficaces para promover el progreso local, auspiciaron valiosas iniciativas que impactaron de manera dispar en el espacio público cuyano, como la creación de la Sociedad Dramática y Filarmónica, la Sociedad Literaria y el Colegio de Pensionistas de Santa Rosa, además del semanario. Este periódico fue renovador en varios sentidos: presentó una nueva concepción estética periodística, al tiempo que se valió de novedosas estrategias comunicacionales para instalar un discurso "renovador" y captar nuevos lectores, incluyendo a las mujeres. Además asumió un perfil político-pedagógico, pero no partidario, abandonando todo fin económico. Inobjetablemente suscitó controversias no obstante su efímera existencia (sólo seis números) la que estuvo condicionada por la conjunción de varias razones: la exigüidad de suscripciones, que imposibilitaron su sostenimiento económico y, con el correr del tiempo, la disipación de la complacencia del poder político de turno, actitudes que podrían responder a las severas críticas a la sociedad local emitidas desde sus enunciados.

Palabras clave: esfera pública – periodismo – Sarmiento – *El Zonda*.

El semanario *El Zonda* (1839), medio de difusión de la Sociedad Literaria de San Juan, resulta el corolario de una serie de emprendimientos propiciados por un grupo de jóvenes sanjuaninos, encabezado por Domingo Faustino Sarmiento, que fructificaron desde 1836 con la creación de la Sociedad Dramática y Filarmónica, la Sociedad Literaria y la Escuela de Señoritas. La idea de sofocar los aletargados ánimos provincianos es la que dio origen a estas sociedades a pesar de que, muy prontamente, sus acciones devinieron en un programa de otro cariz. Por ello explicaremos en forma sucinta la creación de estas propuestas para luego detenernos, de manera pormenorizada, en el estudio de la publicación periódica sanjuanina.

En primera instancia deseamos puntualizar que las Asociaciones mencionadas y su producción (artística, literaria, pedagógica, periodística) serán analizadas como expresiones manifiestas del surgimiento de la "esfera pública" sanjuanina. Esa categoría esgrimida por J. Habermas (1994) le permite analizar, en el marco de la consolidación de la sociedad capitalista en Europa, la de la clase burguesa que conformaría la "esfera pública", es decir, un grupo de personas que se asumían como representantes de la opinión pública conceptualizada como "público racionante". La identificación de ese grupo a través del "capital simbólico" compartido -condiciones comunes de educación y riqueza, enmarcadas en el ámbito del prestigio social-, se cohesionan a partir de la discusión de temas afines (literarios, políticos, económicos, entre otros) y de la concreción de una nueva práctica que manifiesta el despertar de una actitud crítica de este público: las reuniones en salones, tertulias y cafés. Para J. Habermas la organización de la "esfera pública" tiene tres manifestaciones concretas: a) la publicidad política, que surge de la publicidad literaria, b) la discusión en un marco público, donde se da la problematización de ámbitos antes vedados a su cuestionamiento por la opinión pública y, c) por el desenclaustramiento del público a partir de estas reuniones, hecho que posibilita que el "público racionante" sea el portavoz de uno más amplio o "difuso" (J. Habermas, 1994: 68-69). Las tres condiciones se presentan en la coyuntura temporal y espacial en las que surge el medio que constituye nuestro corpus documental.

Estas conceptualizaciones resultan un aporte analítico importante aunque no suficiente para abordar las transformaciones que en el siglo XIX sufriera el entramado social de las ex colonias en la búsqueda de su propio camino tras la ruptura con la metrópoli española. Es por ello que C. Díaz, propone enriquecer esa instancia analítica incorporando otros elementos comunicacionales que permiten reconocer un "espacio público" que comprende también a la "esfera pública". De este modo, el autor, siguiendo a R. Chartier (1992) y J. M. Barbero (1998), considera fundamental la indagación de las prácticas y ámbitos de lectura de la época para abordar el estudio del espacio público, categoría que involucra a una diversidad de lectores, redes de relaciones y prácticas más amplias que permiten analizar al discurso periodístico entendiéndolo como un discurso social (C. Díaz, 1998; 2005).

En el mismo sentido, consideramos que otro elemento imposible de ignorar es la presencia de publicaciones en la mayoría de las asociaciones, a través de las cuales publicaban sus discusiones internas, las que se convertían en fundamentales pues los

medios periodísticos surgían en carácter de propuesta cultural de esas entidades (H. Longoni, 1947). Sus propósitos eran políticos-pedagógicos descartando, de esta manera, toda aspiración económica; modalidad periodística conocida como "periodismo de escritores" (J. Habermas, 1994: 210; C. Díaz, 2005: 62) que condicionara la continuidad de las mismas publicaciones, ya que en la mayoría de los casos resultaba casi imposible su mantenimiento.

Por ende, abordamos el estudio de El Zonda considerando que, como todas las propuestas comunicacionales, resulta un elemento indispensable en la creación, fijación y circulación de significaciones imaginarias sociales, entendidas por C. Castoriadis (1993: 322-23, T2) como "aquello por medio de lo cual y a partir de lo cual los individuos son formados como individuos sociales, con capacidad para participar en el hacer y en el representar/decir social".

Entre libros y tertulias: La Sociedad Dramática y Filarmónica, y la Sociedad Literaria

Corría el segundo lustro de la década de 1830 cuando un grupo de sanjuaninos acordó la creación de una Sociedad Dramática Filarmónica para "entretener a las familias en las largas noches de invierno" (D. Hudson 1898: 387). Esas reuniones se llevaban a cabo en una casa, alquilada a tal efecto, perteneciente a los herederos de Javier Jofré. Las tardes dominicales eran amenizadas con las puestas teatrales y las presentaciones musicales de una orquesta que exhibía la peculiaridad de contar con algunas mujeres entre sus integrantes. La iniciativa era sostenida por sus adherentes con un abono mensual. La aceptación de la comunidad de esos encuentros fue significativa por lo cual reincidieron con la propuesta, conforme relata D. Hudson (1898: 387) "fue tan del agrado de la sociedad de San Juan el precedente ensayo, de su entretenimiento culto, de enseñanza, de mejora en las costumbres, como es sabido que en los siguientes años de 1836 y 1837, fue organizado de nuevo en la misma casa, pero en mayor escala y en mayor número de socios, bajo las mismas condiciones que anteriormente".

La nómina de los integrantes de los primeros cargos de esta agrupación fue, con el tiempo, reconocida en otras esferas de influencia de la sociedad sanjuanina. De inmediato la activa participación de algunos jóvenes ilustres, llegados a la provincia a partir de 1836, no pasó inadvertida para los vecinos cuyanos. Presididos por Antonio Aberastain, Dionisio Rodríguez -secretario-, Domingo F. Sarmiento -primer decorador de teatro-, Carlos María Rivarola -decorador de Salón de Baile- y Damián Hudson -director de escena-, representaron obras del tenor de Roma Libre y Oscar, El Barbero de Sevilla, El Negro Sensible, El Convidado de Piedra, entre otras.

Evidentemente, las inquietudes de esos jóvenes cuyanos los motivaron a asistir a tertulias cotidianas, espacio que les permitía discutir acerca de múltiples temáticas de su interés -economía, política, literatura, entre otras-, construyendo un sentido de pertenencia al grupo vertebrado en el capital cultural compartido. Por cierto, esas inquietudes afines no eran casuales. En 1836 A. Aberastain había arribado desde Buenos Aires, donde cursó sus estudios superiores, al igual que Manuel Quiroga Rosa. Simultáneamente llegaba Domingo F. Sarmiento de Chile. Completaban el grupo Indalecio Cordines, Dionisio Rodríguez y Guillermo Rawson.

A partir de 1838 nació la Sociedad Literaria cuando el grupo de intelectuales cuyanos se vio fortalecido con la presencia de Manuel Quiroga de la Rosa (1), quien además de ofrecer su casa como lugar de encuentro, efectuó otros aportes que impactaron definitivamente en este público raciocinante. En primer lugar, su inestimable experiencia, pues participó en forma activa en la Asociación de Mayo de Buenos Aires, en la que incluso había sido colaborador de su órgano periodístico La Moda (J. Oría, 1938: 37). En segundo lugar, la importante biblioteca que trajo consigo posibilitó nuevas discusiones a partir de la sugerente lectura de autores y obras estimulantes (2), entre los cuales Sarmiento rememoraba a "Villemain i Schlegel, en literatura; Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la Revista Enciclopédica, como síntesis de todas las doctrinas; Charles Didier i otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos" (D. Sarmiento: 166, T. 3). Estos enfoques teóricos fijaron un punto de vista radicalmente innovador y abrieron los conflictos políticos y sociales a nuevas explicaciones afincadas en la realidad sociológica (N. Botana, 1996: 15-16).

Indudablemente esas lecturas alentaron a Sarmiento a iniciarse en el mundo de las letras ensayando, con suerte variada, distintos géneros (3). Una de sus primeras incursiones literarias fueron unos versos satíricos referidos a "los Tratados de Pancarpata celebrados entre el Almirante de la Escuadra Chilena, Blanco Encalada, Plenipotenciario de la República de Chile y el protector de la confederación Perú Boliviana, General Santa Cruz", entregados a D. Hudson (1898: 389) para que, por su intermedio, se publicaran en un periódico de Mendoza. Pero el redactor del diario denegó esta posibilidad debido al tono crítico del escrito. La obra iniciática recibió también severos cuestionamientos de A. Aberastain, hecho que molestó sobremanera a Sarmiento. Sin embargo, esta desavenencia no impidió que entre ellos prosperara una reconocida amistad.

No obstante lo que podría entenderse como un fracaso no desanimó al que luego sería presidente de la Nación, pues escribió un

largo canto -"Mis Memorias a Zonda"- bajo el seudónimo de García Román- y lo envió a la Asociación de Mayo. El encargado de realizar la crítica al poema fue nada menos que J. B. Alberdi quien, entre otras consideraciones, sugirió que se diera a conocer el autor al ver en él dotes de escritor (4). Adjuntaba a los comentarios del poema una invitación para que se sumara a las filas de la asociación porteña; convocatoria que fue rechazada por Sarmiento (G. Moreno, 1961: 49).

Las intensas discusiones y debates generados por los textos extranjeros no se marchitaron en las tertulias literarias o en las charlas de café sino que, precisamente allí, comenzaron a dar sus frutos (5). Fue en esos encuentros donde los integrantes de la Sociedad Literaria pudieron reflexionar sobre la realidad local contemporánea a la luz de nuevas ideas. Todos coincidían en la escasa simpatía que sentían hacia la política de Rosas y, particularmente, hacia la situación imperante en su provincia natal. Rechazaban el "atraso" en que veían sumida a la sociedad cuyana y auguraban con preocupación un futuro no muy promisorio para su tierra. Tanto más resaltaba esta situación al compararla con la de otras naciones europeas con las que ellos se familiarizaron a través de las páginas de los libros discutidos. El impacto de esta producción intelectual se vio rápidamente proyectado en las esferas educativas y periodísticas de la sociedad de San Juan.

Las mujeres de parabienes: el Colegio de Santa Rosa

El grupo de intelectuales, preocupado y comprometido por y con la sociedad sanjuanina promovió la creación de un colegio para señoritas. Obra significativa para la época, fundamentalmente para la provincia, no sólo por su propuesta pedagógica sino por las ideas "revolucionarias" que la impulsaron (6). Sus favorecedores comprendían perfectamente que en esa sociedad "cerrada", "en que la mano muerta de la tradición pesaba tanto, las oportunidades de desarrollo individual y progreso eran privilegio de una élite pequeña, (...) para las masas analfabetas solo había un destino de trabajo penoso e ignorancia" (I. Leonard, 1990: 135). El proyecto surgió en el seno de La Sociedad Literaria y pudo concretarse pues se valió de las obras iniciadas por Fray Justo de Oro con el objeto de "(...) fundar el colegio de Pensionistas de Santa Rosa dado por él al monasterio y que cuidamos de perpetuar nosotros" (D. F. Sarmiento: 72, T. 3). No resulta llamativo el hecho de que la propuesta estuviera destinada a la formación de las mujeres, pues era una idea arraigada en el pensamiento de Sarmiento. En este caso particular, tal como advierte A. Bocco (2004: 98 - 99) el colegio respondía a los deseos del cuyano de ofrecer una mejor educación para la mujer: "ambas obras estarán en concordancia: un espacio cerrado en donde la joven se escolarice -el colegio- y un espacio abierto -el periódico- para la formación del pueblo en general, y del género femenino, en particular". La atención puesta en la formación de la mujer se motivaba en la convicción de que era una "compañera leal e influyente en la causa por la civilización de las nacientes repúblicas latinoamericanas" (G. Batticuore, 2005:69).

La inauguración del Colegio de Pensionistas de Santa Rosa tuvo lugar el 9 de julio de 1839, fecha elegida por conmemorarse un nuevo aniversario de la Independencia. Asistieron a este acto el gobernador de la provincia Nazario Benavidez, autoridades religiosas y las más respetables familias de la ciudad. La administración y dirección ya estaban planificadas: "el colegio de Santa Rosa, quedó colocado bajo la supervigilancia de una 'Comisión Protectora de la Educación', presidida por el obispo Quiroga Sarmiento. D. F. Sarmiento atendía la dirección del establecimiento y la enseñanza de idiomas y otras materias. Sus hermanas Bienvenida, Procesa y Rosario, regenteaban algunas clases y asistían a otras superiores como discípulas. La viuda de José G. Rodríguez de la Escuela de la Patria, tenía otras clases a su cargo. Enseñábase lectura, escritura, geografía, aritmética, gramática, ortografía, labores y religión. También, fuera del programa, dibujo, música, francés e italiano. (...) El colegio de Santa Rosa era un alto exponente de cultura, de refinamiento en los buenos modales, de comprensión humana y de dedicación al trabajo" (C. Galván Moreno, 1961: 50).

No obstante el buen recibimiento que tuvo esta iniciativa por parte de la comunidad, de las autoridades civiles y religiosas y de los frutos que alcanzó a dar, la escuela sólo "sobrevivió" dos años puesto que debió sortear una serie de inconvenientes resultantes del acontecer político, que dificultaron cada vez más proseguir con la institución. Así lo revelaba a principios de 1840 D. F. Sarmiento, quien se encontraba circunstancialmente en Chile, en una carta escrita a M. Quiroga Rosa, exiliado en Copiapó. En la epístola, el maestro sanjuanino se lamentaba de que el colegio no pudiera ya sostenerse porque él estaba lleno de compromisos, por lo cual tendría que "quemarlo todo para pagar los libros y elementos encargados a Francia" (A. Landa, 1951: 26). Al tiempo le informaba que Aberastain había quedado como responsable durante su provisorio alejamiento.

El cierre del colegio se produjo frente a la obligada ausencia de la mayoría de los miembros de la "esfera pública sanjuanina" ante la crisis política. Consideramos importante destacar que este grupo de jóvenes constituía acabadamente el concepto habermasiano de "público racionante", ya que encarnaba "la voluntad de representar y formar, al mismo tiempo, el juicio de un público nuevo del que la elite mundana y erudita cree ser portavoz y fundadora" (R. Chartier, 1995: 174). Esta

representación quedó explicitada con claridad en el primer discurso público realizado por D. F. Sarmiento en ocasión de inaugurarse el colegio: " (...) por otra parte yo he sido solo el intérprete de la parte pensadora de nuestro país. Una casa de educación para Señoritas era una necesidad que urgía satisfacerla, y yo indiqué los medios: juzgué que era llegado el momento, y me ofrecí a realizarlo - en fin SS. El pensamiento y el interés general lo convertí en un pensamiento y en un interés mío, y esta es la única honra que me cabe" (El Zonda, Nº 1:3, Nº 2:2 y Nº 3:2). Tan profundas convicciones motivaron, seguramente, la misión de hacer públicas las discusiones mantenidas en el seno de su reducido núcleo mediante la creación de una publicación periódica: El Zonda. De este modo se produjo el desenclaustramiento del "público racionante" enunciado por J. Habermas. Pues este grupo se arrogaba el papel de mediador entre el poder público y el resto de la población. Dicho en otros términos, pretendía sugerir "rumbos a seguir" tanto a la clase política como a la sociedad civil y nada más apropiado que la edición de un periódico para lograr tal objetivo.

El vocero de la esfera pública sanjuanina: **El Zonda**

En las palabras desprendidas del recuerdo de D. F. Sarmiento se pueden vislumbrar los orígenes del que sería el portavoz de la Sociedad Literaria: "(...) nos hemos reunido durante dos años consecutivos, por mi parte casi sin falta de una sola noche, a darnos cuentas de las lecturas que hacíamos y formarnos un sistema de principios claros y fijos sobre literatura, política y moral, etc." (D. F. Sarmiento, 1938:14). Inobjetablemente esas tertulias gestaron la necesidad de compartir con la comunidad las nuevas ideas adquiridas al calor de la lectura y de la discusión. Para ello el medio más apropiado era un periódico. Por ser los órganos de difusión uno de los elementos constitutivos de la esfera pública, nos parece relevante explicitar la idea que de ellos poseía este pretendido grupo de representantes de la esfera pública sanjuanina. Resulta significativa la presencia de reflexiones recurrentes sobre el tema, publicadas en distintos números del periódico. Fueron frecuentes en las páginas del semanario afirmaciones como las citadas a continuación "las publicaciones periódicas hoy son la única medida para juzgar á un pueblo sobre su estado, sus adelantos, su predisposición á la mejora, su instrucción, sus artes, su policía, su cultura, su aproximación á la verdadera felicidad" (El Zonda Nº 4, p. 4 y Nº 5). En otras palabras, Sarmiento estaba convencido que el consumo de diarios era una práctica inherente a toda sociedad civilizada y por lo tanto se encargó de promoverla fervientemente desde entonces. De este modo, tanto aquí como en el exilio, apostó a la construcción de un público lector y a la creación de condiciones materiales que permitieran mantener a las publicaciones (G. Batticuore, 2005: 69 y 70).

La propuesta de El Zonda no era absolutamente innovadora. Numerosas sociedades literarias antecesoras a la sanjuanina difundieron las ideas nacidas y promulgadas en su seno a través de las páginas de algún órgano gráfico (C. Díaz, 2005). En efecto, durante el virreinato la "Sociedad Patriótica, Literaria y Económica" se vio representada por El Telégrafo Mercantil; en tanto que, en la década de 1810, la "Sociedad Patriótica y Literaria" dio a luz a El Grito del Sud (C. Díaz, 1998). Con posterioridad, durante la década del 1820, la "Sociedad Literaria de Buenos Aires" creó El Argos de Buenos Aires y La Abeja Argentina; al tiempo que la Asociación de Mayo intentó fallidamente publicar El Semanario de Buenos Aires; y, luego, con mejor fortuna, editó La Moda. Con respecto a esta última, y habida cuenta del intercambio epistolar referido anteriormente entre D. F. Sarmiento y J. B. Alberdi, algunos autores aseveran que la asociación sanjuanina fue una filial de la porteña (A. Palcos, 1938: 31; J. Echagüe 1939: 3; C. Galván Moreno, 1961: 53).

En la época analizada para que circulara cualquier publicación era menester acceder por lo menos a dos elementos: el favor oficial y una imprenta. Desde luego que El Zonda contó con ambos requisitos debido a que el gobernador N. Benavídez aún no consideraba "peligrosas" las actividades llevadas a cabo por el comprometido grupo de intelectuales. Prueba de ello fue la designación de D. F. Sarmiento al frente de la imprenta provincial (7). El nombramiento, probablemente, obedeció a la confianza depositada en él por ser el futuro director del Colegio de Señoritas pronto a inaugurarse. El buen concepto que merecía a las autoridades quedó manifestado en la nota que el ministro Timoteo Maradona enviara a D. F. Sarmiento, el 28 de junio de 1839, comunicándole su designación. En la misma expresaba que "la imprenta constituye un poderoso adelantamiento de la civilización, un medio precioso y eficaz de comunicación entre el pueblo y el gobierno (...) [Para] la reparación y mejora de la imprenta de la Provincia, el gobierno había resuelto poner al frente de ella a un ciudadano que, a sus aptitudes, reúna un decidido amor por esas instituciones bienhechoras (...). Por estas condiciones se ha fijado en V. para ocuparle en la administración de la imprenta de la provincia" (A. Landa, 1951: 22 y 23).

De modo que a los futuros redactores sólo les restaba elegir un nombre para su publicación y acordar la mejor forma de plasmar en sus columnas las ideas y propuestas largamente debatidas. Destacaremos la importancia dada a la elección del nombre del periódico ya que, conforme al parecer del cuerpo de redacción, debía dar cuenta fiel del carácter de la publicación (El Zonda, Nº

1: 2) (8). Dicho de otro modo, el lector tendría que reconocer el perfil del periódico desde el primer renglón de su lectura, pues el título sería también síntesis de sus intereses "...el título o el nombre es el que decide siempre de la suerte de un folleto, y generalmente de todas las cosas; y esto se funda en razones muy voluminosas. El nombre prepara los ánimos, atrae la atención y pone en ejercicio el encumen del lector para conjeturar por él su objeto, su tendencia y fines" (J. Kaiser, 1966:20).

En el primer editorial explicitaban este criterio describiendo, al mismo tiempo, las discusiones suscitadas en el grupo ante la elección del título de su órgano de difusión "(...) el periódico con este nombre será pacífico, turbulento, abrazador, refrigerante, impetuoso, tranquilo, alegre, agreste, social, fastidioso, variado, monótono, divertido, pesado, saludable, dañoso, es decir, bueno, malo, como lo pide el marchante" (El Zonda, N° 1: 2). Esta particularidad no nos pasa inadvertida pues hacían públicos los debates surgidos entre los redactores sobre los asuntos que afectaban directamente al periódico. Dicha estrategia de jerarquizar en sus enunciados el tormentoso intercambio de ideas, además de la apelación a enunciados irónicos, era facilitadora para el análisis de muchos aspectos controvertidos referidos a la sociedad sanjuanina. Asimismo creemos que incitaba a los destinatarios a participar del debate tal como efectivamente sucedió, aunque no de la manera que pudieron haber imaginado los fundadores.

Efectivamente El Zonda representó un cambio en relación con la propuesta periodística conocida hasta ese momento en la provincia cuyana, ya que, la mayoría de los periódicos que se habían publicado hasta 1836 habían sido oficiales (9). El escritor L. Lugones (1960: 142) supo apreciar esa perspectiva renovadora al aseverar: "...'Educar el idioma', decía Sarmiento. 'Emancipar la lengua', sostenía **Figarillo** (Alberdi). Todo era uno, puesto que se trataba de adaptarlo a la expresión de la libertad, libertándolo a su vez de la retórica, esa sucursal del convento y del fisco. (...) El Zonda, primer periódico de Sarmiento, inicia aquella evolución del periodismo. No hay en sus seis números una disertación teórica. Todo en él se compone de iniciativas inmediatas, señalando ya un progreso sensible sobre la misma prensa de los hombres del Dogma".

El Zonda hizo su primera aparición el sábado 20 de julio de 1839 (10) con el firme propósito de tomar distancia de experiencias anteriores, en las que "(...) en lugar de ser la prensa un medio de instrucción, una mejora social, un vehículo de comercio, las artes y ciencias, un canal que derramase las luces en las que nos aventajan otros pueblos, una discreta censura de los abusos y costumbres que nos han legado nuestros antecesores, fue solo en sus manos la campana de alarma, el bramido de las pasiones políticas y el augur funesto de días de desorden y de calamidades públicas" (El Zonda, N° 1: 2). Tampoco lo inspiraba ninguna posición partidaria confesa. Su principal objetivo era promover "la discusión que todo lo ilustra" sin apelar al insulto de personas ni gobiernos, práctica frecuente en los turbulentos días que vivían. En su último editorial se explicitaban estas metas: "[El Zonda] ha hecho pensar á los hombres en las costumbres que son las que constituyen todo el ser del **hombre**, ha excitado el deseo de mejorar suerte, en fin ha agitado el interés de los sanjuaninos" (El Zonda, N° 6). Desde luego la tarea emprendida era harto difícil como lo demostraron, posteriormente, las circunstancias.

El Zonda página a página

Para analizar el semanario habría, en principio, dos alternativas: una variante sería estudiar por separado cada sección del periódico; y la otra, por el contrario, lo abordaría desde un enfoque integral. Nos inclinamos por la segunda opción puesto que el hebdomadario constituye un todo temático, donde los editoriales se encuentran relacionados con las cartas de lectores, y, a su vez, éstas lo están con los avisos, al tiempo que los últimos lo están con los primeros. De manera que la yuxtaposición e imbricación de las secciones del periódico nos ofrece una perspectiva más enriquecedora para nuestro análisis. Especialmente, si tenemos en cuenta que en los seis números editados se alternaron varias secciones tales como: Carta de Lectores, Viva la Federación, Editorial, Avisos, Servicio Meteorológico, Variedades y Notas Ilustrativas.

Un periódico de las características de El Zonda –polémico y mordaz- necesariamente debió contar con no pocos opositores en la tranquila comunidad de San Juan. La transgresión que representaba se concentraba no sólo en los contenidos desarrollados desde sus columnas, sino en el estilo con el que construía sus enunciados, original y pasional, ya que "para Sarmiento todo vale en la escritura si logra acercar al autor con su público, inculcándole sus ideas y despertando en él sus propias emociones. Porque es un escritor público que busca todo tipo de lectores" (G. Batticuore, 2005: 72). Es por eso que acaso la publicación de un artículo sobre el periodismo, desdoblado en 2 números consecutivos (N° 4 y 5), fuera el resultado del impacto poco favorable que había provocado el mensaje periodístico en la sociedad al sentirse agredida por la sarcástica crudeza que empleaban los editores para describir la realidad provincial de entonces. Confrontaban lo progresista y lo retrógrado; el vigor y las ansias de ilustración contra la apatía y la desidia; lo joven y lo viejo (11); en definitiva, sus enunciados

construían la identificación de un nosotros inclusivo que proponía la renovación, el progreso, perfectamente distinguible del otro negativo, representado por los opositores a sus propuestas de cambio. No es extraño entonces, la constante crítica sobre las costumbres y prácticas imperantes de la época, causantes en su opinión del retraso en que estaba sumida la provincia dedicada solamente a "trabajar, comer, bostezar y dormir con sosiego..." (El Zonda, Nº 2:1). En el mismo editorial aludían a la fuerte proclividad de los sanjuaninos a los juegos y a los vicios rechazando toda iniciativa de ilustración.

Como en todos los discursos, la aceptación de los modelos y de los mensajes propuestos se opera a través de adecuaciones, rodeos y, en ocasiones, resistencias que manifiestan la singularidad de cada apropiación. Lo interesante es que el mismo medio registró en sus enunciados esas apropiaciones plurales del mensaje del periódico. Así publicaron las contundentes apreciaciones efectuadas desde el discurso periodístico encontrando plumas dispuestas a responderles, como la carta de lectores firmada por Don Serio (12), quien manifestaba "¿qué necesidad hay en otros países que se sepa lo que pasa aquí?" (El Zonda, Nº 2:4), sin dejar de reconocer, el ofuscado lector, la certeza de los conceptos vertidos por los redactores. El espíritu innovador del periódico de algún modo impactó en algunos destinatarios quienes optaron por emular el mismo estilo socarrón para refutar las críticas que efectuaba. Como el lector que contestaba a través de una poesía a las demandas de los redactores, quienes a su vez le respondían en las diversas secciones del medio como editoriales, los artículos e inclusive los avisos (El Zonda Nº 3). Pero no todas eran críticas, una carta firmada por una señora solicitaba consejo acerca de la actitud que debía asumir frente a las nuevas prácticas sociales que se imponían en la época (El Zonda, Nº 4). Todas las inquietudes manifestadas a través de las cartas de lectores fueron respondidas, en algunos casos en forma burlesca, en otros, a través de la seria reflexión.

Con referencia a la presencia femenina en el periódico, puede resultar sorprendente que las sanjuaninas se contaran en las filas de los receptores de El Zonda, ya fuese a través de las problemáticas abordadas en las notas o a través de la publicación de cartas de lectores firmadas por damas. Sin embargo, si indagamos en el período virreinal y posrevolucionario no nos resulta tan extraño (C. Díaz, 2004b). Por cierto, en numerosas ocasiones el semanario desarrolló los nuevos postulados para el bello sexo a través de distintas notas e incluso mediante un aviso clasificado presente en sus páginas (El Zonda, Nº 5). En tal sentido, consideramos emblemáticos los discursos inaugurales del Colegio de Santa Rosa, publicados en los números 1 y 2. Posiblemente, la "moderna" construcción enunciativa en el tratamiento de la problemática femenina, haya dado aliento a las señoras para que manifestaran sus inquietudes a través de las Cartas de Lectores (El Zonda, Nº 3 y 4). Independientemente de que las misivas puedan ser o no auténticas, resulta indudable que las damas integraban el prodestinatario de su discurso, pues asumían un rol activo en el propósito promovido por los editores: la educación como apuesta al progreso (A. Bocco, 2004: 100-101).

Deseamos destacar que todas las epístolas dirigidas al periódico poseían una riqueza indiscutible. Expresaban temas que le interesaban a la gente, por lo cual, eran verdaderos catálogos acerca del estado de ánimo de la comunidad (O. Hornos Paz, N. Nacimovich, 1997: 34-35) Como hemos señalado anteriormente, los redactores se encargaron de dar respuesta a todos los escritos recibidos en virtud del espíritu pedagógico que animaba al semanario. El mismo se manifestó en otras secciones; en la publicación de notas como "Minas" y "Moreras" (El Zonda, Nº 5), en las que ilustraban sobre los beneficios de estas producciones, o en "El Siglo" (El Zonda, Nº 6), donde explicaban la construcción de una nueva noción de hombre "moderno" en el imaginario social a partir del siglo XVI. De manera que los editoriales, las notas periodísticas y las respuestas a cartas de lectores, en definitiva todo el medio propugnó la circulación de un discurso legitimador de las nuevas ideas aplicadas a situaciones cotidianas, expresión del espíritu "ilustrado" de sus redactores y de su tiempo. Es por ello que el semanario en su conjunto se convierte en una vasta y singular fuente de información acerca de las costumbres, prácticas y mentalidad del lugar y su época.

Los "ilustrados": de victimarios a víctimas de la tradición

Por lo expuesto, podemos concluir que este grupo de intelectuales sanjuaninos respondería acabadamente a la categoría de "periodismo de escritores", puesto que entendían que la meta de la publicación era cumplir con una función social y cultural. De este modo atendiendo a los fines pedagógicos descuidaban los medios para lograr esa meta. Esta concepción generalizada en la época explica la ausencia de toda aspiración económica, ya que al publicarse los avisos sin cargo, el abono de la impresión debía solventarse únicamente con lo recaudado a través de las suscripciones. El aumento en la cantidad de páginas experimentado por el periódico (13), dato que en principio pudiera ser indicio de prosperidad, no significó una promisorio existencia para El Zonda, ya que sólo llegó a editar seis números (14). Al igual que la suerte sufrida por los distintos congéneres de las provincias unidas, el semanario padeció la adversidad de no contar con un número considerable de suscriptores, ya que no alcanzó a tener ni siquiera los 50 que esperaban. Pero no porque no despertara interés en la sociedad cuyana sino por las mismas prácticas que cuestionaba desde sus columnas.

Por cierto, las prácticas de lectura lugareñas eran en rigor análogas en todos lados: El Zonda era leído en el café, era pedido a algún vecino o al repartidor; se comentaba en las tertulias y reuniones; por ende, la apropiación y decodificación de su mensaje no

se reducía a la lectura directa sino que estaba travesada por la oralidad. En consecuencia, podemos asegurar que la recepción del mensaje no se limitaba solamente al público alfabetizado, puesto que, además, la lectura colectiva constituía una práctica generalizada en las provincias del Río de La Plata desde la época virreinal (C. Díaz, 1998, 2003, 2004b). En ese sentido, la queja de sus redactores por la falta de suscriptores fue exacerbándose a punto tal que en el número 3 apareció acompañando a su título la siguiente volanta: O NO LEER EL ZONDA O COMPRARLO; queja infructuosa ya que no redundó en el aumento de abonados.

La constante indicación de El Zonda sobre este hecho “desgraciado” para los redactores resulta de un valor incalculable para el investigador actual, puesto que en los editoriales y en las diferentes notas se hacía referencia al tema, aunque en ese momento la demanda resultara estéril. Tanto es así que Sarmiento concibió una novedosa estrategia periodística a los efectos de demostrar que el periódico era leído por un considerable número de curiosos, a pesar de que su venta no lo reflejara, con la remota esperanza de conmover a los “lectores de prestado”. Confeccionó un cuadro con el cual se pretendía incentivar a los potenciales suscriptores al exponerlos públicamente. El mismo estaba encabezado por dos columnas “suscriptores” y “no suscriptores”. Se consignaban además en las filas horizontales de una primera columna, una suerte de clasificación de los aquellos que leerían el semanario obviando su compra, a saber: comerciantes, abogados, viñateros, etc. Se indicaba debajo de la columna de suscriptores el número negativo de los mismos. Al tiempo, se señalaba, en la tercera columna que ninguno de los mencionados estaban suscriptos.

ESTADÍSTICA DE EL ZONDA

	Suscriptores	No suscriptores
Comerciantes por mayor y menor, mercachifles, almaceneros, pulperos	menos 7	todos
Herreros, barberos, zapateros, Sastres	menos 2	todos
Hacendados, viñateros y labradores	menos 6	todos
Troperos y carreteros	menos 2	todos
Abogados, literatos y poetas	menos 6	todos
Empleados subalternos	menos 2	todos
Jóvenes paquetes que no pertenecen a las anteriores clasificaciones ni a ninguna otra	menos 2	todos
Matronas y señoritas	menos 1	todas
Personas que compran numerosos sueltos	menos 12	todas
Sanjuaninos de todas descripciones	menos 39	todos

Más allá de lo novedosa pero, al mismo tiempo, incómoda que pudiera resultar entonces la demanda de los redactores, la estrategia periodística no rindió los frutos esperados, pues no redundó en un incremento cuantitativo de las suscripciones. Para nosotros, lo interesante del cuadro publicado, más allá de la posible verosimilitud de los datos, consiste en que ofrece no sólo una perspectiva interesante del “lector ideal” que involucraba un amplio universo de receptores, heterogéneo socialmente, y que contemplaba incluso a las mujeres, sino que también permite aventurar que la decodificación del mensaje del periódico se efectuaba en el ámbito privado y familiar y en el ámbito público –fuese parcialmente restringido o no-, tal como ocurría con el

público “moderno” de Buenos Aires (C. Díaz, inédito). Por cuanto la categoría de “espacio público” resulta más apropiada para este tipo de análisis tal como planteamos en la introducción.

Por otra parte, y para finalizar con el aspecto comercial de esta propuesta periodística, debemos anotar que, además de los anuncios convencionales, el periódico publicaba otros que respondían burlescamente a los conceptos críticos emitidos por el público en algunas cartas de lectores. Sin duda, la imposibilidad de aumentar las suscripciones, más el agravante del cobro de "doce pesos de pliego de papel impreso", aprobado por el gobernador, coadyuvaron inexorablemente al cierre del periódico. Asimismo, los vaivenes políticos suscitaron una creciente desconfianza de las autoridades provinciales hacia los integrantes de la Sociedad Literaria, la que devino no sólo en el cierre de la publicación, sino también en el posterior desmembramiento del grupo, y por lo tanto, de la esfera pública sanjuanina.

Conclusión

En este trabajo hemos procurado demostrar que El Zonda fue el órgano de prensa representante de la esfera pública sanjuanina. La misma surgió bajo los auspicios de un grupo de jóvenes intelectuales que intentaron constituirse en intermediarios válidos entre el poder provincial y la sociedad cuyana. Para ello promovieron valiosas iniciativas que impactaron de manera dispar en el espacio público cuyano, como la organización de la Sociedad Dramática y Filarmónica, la creación de la Sociedad Literaria y el Colegio de Pensionistas de Santa Rosa, además de la publicación del semanario. Este medio tuvo características singulares, pues fue renovador en varios sentidos: presentó una nueva concepción estética periodística, al tiempo que se valió de novedosas estrategias comunicacionales para instalar un discurso “renovador” y para captar nuevos lectores, incluyendo a las mujeres. Además asumió un perfil político-pedagógico, pero no partidario, abandonando todo fin económico. Inobjetablemente logró convertirse en una propuesta periodística controvertida no obstante su efímera existencia, pues estuvo condicionada por la conjunción de varias razones: la exigüidad de suscripciones, que imposibilitaron su sostenimiento económico y, con el correr del tiempo, la pérdida de la complacencia del poder político de turno, actitudes que podrían responder a las severas críticas a la sociedad local emitidas desde sus enunciados.

Finalmente, apuntaremos que la desaparición de El Zonda marcó de alguna manera el principio del fin, ya que tras su cierre se desarticuló el grupo de intelectuales que le dio vida, desintegrándose, en consecuencia, la pionera esfera pública sanjuanina, aunque sin duda su paso sirvió para configurar el futuro espacio público local.

Notas

- (1) Repárese que para Domingo F. Sarmiento el apellido es Quiroga Rosas véase Obras Completas (72, 166, 167, 175: T. 3).
- (2) Con respecto al prejuicio sobre las escasas lecturas en esa sociedad cfr. con Irving A. Leonard (1990:133); EL Zonda (N° 3: 3).
- (3) También "en sus ratos de ocio y por juguete, en tertulia de amigos, redactaba periódicos manuscritos", en D. Hudson (1898: 389).
- (4) L. Lugones (1960: 139) desestima la autoría de D. F. Sarmiento.
- (5) Véase D. F. Sarmiento (177, T. 3); J. I. García Hamilton (1997: 83 y 86).
- (6) Consúltense los discursos inaugurales de Domingo F. Sarmiento, Manuel Quiroga Rosa, Aberastain, Cordinez y Rawson (El Zonda, N°1: 2; N° 2: 2 y 3).
- (7) Esta imprenta llegó a la provincia de San Juan en 1825 merced a la iniciativa del gobernador Salvador M. del Carril.
- (8) Desde el año 2004 se publica en la provincia un periódico digital con este mismo nombre.
- (9) Un registro de las publicaciones de la provincia puede encontrarse en C. Galván Moreno (1944: 399 - 407).
- (10) A. Fernández Leys (1962: 55) consigna erróneamente como fecha de aparición del primer número el día 30/07/1839.
- (11) Esta conceptualización era característica del romanticismo esgrimida anteriormente por otras publicaciones periódicas rioplatenses como La Moda y El Iniciador. Consúltense los estudios preliminares de José Oria (1938) y Mariano de Vedia y Mitre (1941: 27-81).
- (12) Usaban seudónimos en las cartas de lectores como Don Gurdo, Don Rudo o Josefa Puntiguda, en algunos casos para ridiculizar a sus críticos. “El juego está en que el público sabe o adivina que es Sarmiento y no Josefa quien escribe esa carta. Lo absurdo o cómico de los nombres elegidos como seudónimos es precisamente la pista a través de la cual el autor hace cómplices a sus lectores/as en este juego”. En G. Collado Macdur, C. Yornet (www.fundaciónbataller.org.ar).
- (13) Los primeros cuatro números salieron en 3 columnas a 4 páginas, el quinto y sexto aumentaron a seis páginas, aunque en el último sólo salieron impresas cuatro y media.
- (14) Los números publicados salieron los días 20 y 27/07, 3-10-17 y 25/08/39.

Bibliografía

- Batticuore, Graciela. La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870. Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- Bocco, Andrea. Literatura y Periodismo 1830-1861. Tensiones e interpretaciones en la conformación de la literatura Argentina. Córdoba, Editorial Universitas, 2004.
- Botana, Natalio. Los Nombres del Poder. Buenos Aires, CFE, 1996.

- Castoriadis, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. Barcelona, Tusquets, 1989, T 2.
- Collado Macdur, Guillermo; Yornet Cecilia. "El Zonda un diario sanjuanino emblemático de una época". En www.fundaciónbataller.org.ar.
- Díaz, César. "El periodismo en la Revolución de Mayo". En revista Todo es Historia, N° 370, mayo, 1998, pp. 76-88.
- Díaz, César. "Apuntes sobre el consumo periodístico en los inicios de la modernidad rioplatense". En: Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP. Año 2, N° 12, abril, 2003, pp. 70-79.
- Díaz, César. "Una mirada comunicacional sobre los inicios de la modernidad rioplatense 1759-1810". En: Séptimo Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación ALAIC. 2004a.
- Díaz, César. "Receptores desconocidos de un periodismo olvidado". En: Signo y Pensamiento. Departamento de Comunicación. Facultad de Comunicación y Lenguaje. Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. Volumen XXIII, N° 45, julio-diciembre, 2004b, pp.78-88.
- Díaz, César. Intelectuales y Periodismo. Debates públicos en el Río de la Plata 1776-1810. La Plata, Instituto Cultural de la Pcia. de Bs. As. / Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires "Dr. Ricardo Levene", 2005.
- Díaz, César. "Conformación del público moderno rioplatense (1759-1810)". Inédito.
- Chartier, Roger. Espacio Público y Desacralización en el siglo XVIII. Barcelona, Gedisa, 1995.
- Chartier, Roger. Sociedades y escritura en la sociedad moderna. México, Instituto de Investigaciones, 1995.
- Chartier, Roger. El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona, Gedisa, 1992.
- de Vedia y Mitre, Mariano. El Iniciador. Reproducción facsimilar Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, Kraft, 1941.
- Echagüe, Juan P. Introducción a la Reimpresión facsimilar El Zonda de San Juan 1839. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1939.
- Fernández Leys, Alberto. Sarmiento y el periodismo. La Plata, UNLP, 1962.
- Frizzi de Longoni, Haydeè. Las sociedades literarias y el periodismo 1800-1852. Buenos Aires, Asociación Interamericana de Escritores, 1947.
- Galván Moreno, Celedonio. Radiografía de Sarmiento. Buenos Aires, Claridad, 1961.
- Galván Moreno, Celedonio. El periodismo argentino. Buenos Aires, Claridad, 1944.
- García Hamilton, José I. Cuyano Alborotador. Buenos Aires, Sudamericana, 1997.
- Habermas, Jürguen. Historia y crítica de la opinión pública. México, Gilli, 1994.
- Hornos Paz, Octavio; Nacimovich, Nevio. La Nación. Manual de Estilo y Ética Periodística. Buenos Aires, Espasa, 1997.
- Hudson, Damián. Recuerdos Históricos sobre la Provincia de Cuyo. Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1898, tomo II.
- Ibarguren, Carlos. Las sociedades literarias y la revolución argentina. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1937.
- Irving A. Leonard. Ensayos y semblanzas: bosquejos históricos y literarios de la América Latina colonial. México, FCE, 1990.
- Kaiser, Jacques. El periódico: estudios de morfología, de metodología y de prensa comparada. Quito, Ciespal, 1966.
- Landa, Augusto. Sarmiento y el general Nazario Benavídez. Buenos Aires, Museo Histórico Sarmiento, 1951.
- Lugones, Leopoldo. Historia de Sarmiento. Buenos Aires, Ed. Universitaria, 1960.
- Martín Barbero, Jesús. De los medios a las mediaciones. Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1998.
- Oría, José. Introducción a la reproducción facsimilar. La Moda 1838. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1938.
- Palcos, Alberto. Sarmiento, la vida, la obra, las ideas, el genio. Buenos Aires, Atenea, 1938.
- Sarmiento, Domingo F. Obras Completas. Tomo III.
- Sarmiento, Domingo F. Recuerdos de provincia. Buenos Aires, Biblioteca de textos para lectura libre, 1938.
- Weinberg, Félix. El salón literario de Buenos Aires de 1837. Buenos Aires, Hachette, 1977.